

Carta vocacional Mayo 2008



Queridas hermanas, en nuestro camino de reflexión sobre las vocaciones, el P. Alberione, nos invita a mirar la santidad en relación a la piedad.

“Cuando se dice “piedad” se entiende Vida. No es, como algunas almas superficiales entienden, un simple formalismo exterior, ni como calumnian los enemigos, una ilusión de espíritus víctimas del propio misticismo. Es una actividad interna que se manifiesta al exterior con la fecundidad de las obras.” (P. Alberione, ATP, p. 7)

En pocas palabras Alberione, nos hace tomar conciencia y atención sobre nuestra idea de piedad, como la pensamos, como nos imaginamos “ser piadosos”, cual es nuestro ideal de piedad.

Primeramente nos ubica en la línea de su trilogía cristológica. Al mirar la piedad, contemplamos y nos unimos a Jesús Vida, en la apertura del corazón. Y nos clarifica también diferenciándonos de los que consideran que la piedad se reduce a cumplir exteriormente (con oraciones, posturas, gestos, palabras), y con aquellos que identifican la piedad con un espiritualismo desencarnado. Podemos ver que en ninguna de las dos posturas, la persona piadosa es realmente humana, ni puede crecer en humanidad, por tanto, no se asemeja a Cristo Vida, que se encarnó, se hizo hombre para que “el hombre llegue a ser Dios” (Padres de la Iglesia)

Y además nos da una pista fundamental para comprobar que nuestra piedad, que nuestra espiritualidad, no es lo que nosotros nos inventamos, o controlamos, o proyectamos, sino que viene de Dios y está conducida por su Espíritu. Esa pista, es la concreción en las obras, en la vida cotidiana, en la realidad de todos los días: las obras fecundas, las que dan vida, la vida de Dios. La confirmación de que nuestra piedad es auténtica, verdadera, es justamente esta concreción en las obras. Y al mismo tiempo la hace plena, completa, encarnada,....cristiana.



**¿Cuál es nuestra idea de piedad?
¿Cómo enseñamos y cultivamos la piedad entre los jóvenes?
¿Y entre las vocacionadas?**

“El espíritu iluminado por los esplendores de la fe es el primero en entrar en acción, fija su mirada en Dios y penetra cada día más en este Ser infinito. A continuación participa el corazón y con la fascinación de la belleza y la verdad, se deja llevar al amor y a la unión con Dios.” (P. Alberione, ATP, p. 7)

En este párrafo, se nos describe el movimiento interior del ser cuando la piedad alcanza la integración con su centro vital. La mirada interior del espíritu se fija en Dios y deja que Dios invada toda vivencia, todo sentir, todo pensar. Aquí el corazón no solo se abre sino que "se deja estar" en presencia de Dios. Es la contemplación del misterio. Un tiempo, si puede decirse así, de presencia mutua y de encuentro. Las palabras median un poco en el diálogo, pero lo más importante aquí es la experiencia del encuentro, de sentirse amado y de sentir que se es capaz de amar, y de amar mucho. La experiencia de los que viven este encuentro es que las palabras no alcanzan a expresar lo que se vive. Basta permanecer frente y en el misterio. Allí en ese "estar cerca de" o "junto a" con el ser amado y amante, ordena los afectos, los sentimientos, las pasiones, pone cada cosa, cada vivencia en su lugar. No se trata de inmovilidad o pasividad espiritual. El espíritu está en actividad en su "dínamis", justamente su acción está en permanecer y dialogar a través de la vivencia con el amado.

Entonces, Dios prepara a la persona, en la serenidad y la quietud para dar la respuesta a la que la invita.



**¿Cómo viven este encuentro con Dios los jóvenes de hoy?
¿Qué nos dicen sobre esto las jóvenes vocaciones?**

“ Y la voluntad, bajo el influjo de la gracia, toma decisiones más audaces, obra con más energía. Aparecen entonces los efectos externos: el carácter se dulcifica, las palabras reflejan la caridad sobrenatural, las manos están más dispuestas al celo y maduran los frutos de las obras.

Nótese bien, sin embargo, que del mismo modo que la vida necesita nutrición, así la piedad necesita alimento.” (P. Alberione, ATP, p. 7)

Llega el momento en que la persona hace una toma de posición frente a la invitación de Dios, se hace responsable, es decir, capaz de responder y asumir las consecuencias de su respuesta. Sin esta determinación, o capacidad de tomar una decisión por sí misma, iluminada por su conciencia en este diálogo de amor que ha experimentado, la persona se sentiría sin rumbo, sin sentido, sin saber lo que quiere. El único camino para alcanzar la madurez y la integración personal, es el ejercicio de la libertad en la responsabilidad. Ser libre para buscar, encontrar y cumplir la voluntad de Dios, que no es más que aceptar el amor en nuestra vida. Si no se ejercita esta capacidad de discernir y responder, la persona siente que la vida la avasalla, que la violenta, que no la espera. En definitiva no se siente protagonista de su historia y se percibe perdido en la historia en general. Desconoce su sentido, su misión en el mundo y cae en la desesperación. Se reciente con la vida y con los demás, encuentra en todo causa de sufrimiento y opresión, y una sensación irresistible de huir, de salir de ese lugar.

Nos damos cuenta entonces, qué importante es alimentar la piedad con buen alimento, de modo que nuestra espiritualidad sea saludable y madure en obras. Sólo el encuentro profundo con Cristo puede darnos esta fecundidad en la vida, de manera que

lleguemos poco a poco a ser, madres, hermanas, maestras, compañeras de camino, consoladoras desde la esperanza.

¿Cómo educamos y animamos a nuestros jóvenes en el ejercicio de la libertad desde la responsabilidad y el sentido de la vida?
¿Cómo alimentamos la piedad?
¿Cómo hacemos en concreto para animar a los jóvenes a tomar posición ante la vida, a decidir, desde la valoración y el afecto?



Que el Señor nos bendiga mucho
con abundantes gracias
y perseverancia
en la tarea vocacional.